

## El teatro de

**C**IPRIANO de Rivas Cherif, renovador de la dirección escénica en España entre los años de 1920 y 1936, mantuvo desde 1907 una leal y activa amistad con Don Ramón María del Valle-Inclán. De esta amistad Rivas Cherif ha dejado constancia en artículos y conferencias en España y México, y en su libro de memorias teatrales **El teatro en mi tiempo y mi tiempo en el teatro**, todavía inédito. Su trato con Valle-Inclán tomó forma teatral por así decir con los grupos de vanguardia de El Mirlo Blanco y el Cántaro Roto. Pero su conocimiento del gran escritor nace de la frecuentación de ambos a las animadas tertulias de los cafés de Madrid junto con Manuel Azaña, el pintor Juan Echavarría, Ricardo y Pío Baroja, el crítico de arte Juan de la Encina, Sindulfo de la Fuente y otros más, y sobre todo, de la época de la revista *La Pluma* (1920-1923).

Las páginas que siguen son un testimonio vivo de la gran persona y personalidad que fue Valle-Inclán, destacándose como pocos en el panorama cultural de su época; y constituyen también una cala original en su obra, sobre todo la teatral, que Rivas Cherif fue de los primeros en llevar a los escenarios, como se verá por este capítulo de **El teatro en mi tiempo y mi tiempo en el teatro**.

A continuación de este capítulo se reproduce el texto que Rivas Cherif publicó en «**La Pluma**», cuando él y Azaña le dedicaron en homenaje el número de enero de 1923 de la revista. Se titula **Más cosas de don Ramón**. Releído y revivido hoy día, este texto conserva el sabor de unas conversaciones recién oídas y de la presencia viva de Valle-Inclán. Le sigue un curioso **Soneto estrambótico**, dedicado «a Don Ramón, en consonancia con sus últimas prédicas de café», también de Rivas Cherif y publicado en ocasión de aquél número-homenaje de «*La Pluma*».

\* Nota de E. de R.

### RETRATOS Y BIOGRAFÍAS

Más famoso que todos cuantos, el soneto de Rubén Darío que empieza:

«Este gran don Ramón de las  
[barbas de chivo  
cuya sonrisa es la flor de su  
[figura,  
parece un viejo dios altanero y  
[esquivo  
que se animase en la frialdad  
[de su escultura.  
El cobre de sus ojos por instan-  
[tes fulgura  
y da una llama roja tras un  
[ramo de olivo.  
Tengo la sensación de que sien-

[to y que vivo  
a su lado una vida más intensa  
[y más dura».

Anselmo Miguel Nieto retrató a Valle-Inclán al óleo, a la manera italiana, y gusto del retratado, cuando recién rapadas las melenas quevedescas, que señalan tan característicamente al autor de las «Sonatas», parece, subrayado el parecido por la intención del pintor, un «personaje desconocido» del Tintoretto. Muchos años después, Juan Echevarría da el último retrato del autor de los «Esper-

pentos» que se conserva en el Museo de Arte Moderno de Madrid, trajeado pintorescamente, con poncho y altas botas, a manera de señor montañés o guerrillero de ambos mundos. Adolece la tal pintura de la propensión a caricaturizarle que viene padeciendo, incluso por boca de sus admiradores, la fama legítima de Valle-Inclán, disminuída por la anécdota de café. Conocí a Valle-Inclán el año 1907, llevado de la mano de Villaespesa, que alimentaba por entonces su bohemia alternando las presentaciones



# Valle-Inclán

Cipriano de Rivas Cherif



de poetas incipientes y de embajadores de las musas hispanoamericanas. La personalidad del «Marqués de Bradomin», cerrado ya el capítulo de sus «Memorias», se desvanecía ante la figura de Don Juan Manuel Montenegro, protagonista de las «Comedias Bárbaras». Bárbaras, tanto por ajenas a las normas clásicas, cuanto por violentas, atroces, truculentísimas. En una de mis primeras visitas, don Ramón, que reposaba en cama achacado de úlcera estomacal, me leyó, entre vómito y vómito de sangre a que

no parecía atribuir más importancia que la inoportunidad de un golpe de tos, las páginas, cuya impresión corregía, de **Romance de lobos**. De allí a poco, me invitó benévolo a enviar a un concurso de que él era jurado con Pío Baroja y Felipe Trigo, la novelilla que me fue premiada en tercer lugar. Llevóse el primero muy justamente Gabriel Miró, de cuyo arte por levantino, no fue nunca Valle-Inclán muy gustoso. Decía de los escritores y artistas valencianos en general, parangonándolos con los de inspiración, que él preten-

dia celta primero y luego inequívocamente medieval —los de su Galicia compostelana, de que se sentía único representante, sin nada que ver, claro, con el Pérez Lugín de «La Casa de la Troya» a quien oponía la personalidad de un su amigo de juventud, literato frustrado por muerte prematura, Camilo Bargiela—, que el arte gallego puede cifrarse en la gravedad del cirio, mientras que el arte de Levante se expresa fácilmente en la gracia monjil de la vela rizada. De aquella fecha de mi primera mocedad, hasta la de su





La personalidad del «Marqués de Bradomin», cerrado ya el capítulo de sus «Memorias», se desvanecía ante la figura de Don Manuel Montenegro, protagonista de las «Comedias Bárbaras». (Valle-Inclán, fantasmagoría de Vivanco).

muerte, treinta años después, don Ramón del Valle-Inclán me distinguió siempre con la estimación, el afecto, que en memoria suya me conservaban su viuda y sus hijos. Pensé en un tiempo recoger sus dichos y hechos, en la tertulia del café, sus gracioso desplantes como aliciente de una vida tan pobremente burguesa como la de Madrid. No sé si porque llegara a advertir mi intención, me la quitó, no más que comentar un día, al azar de no sé qué charla ociosa, lo aburrido que debió ser para Goethe el continuo testimonio de Eckermann tomándole nota de cuanto hablaba. Sus tres biografías, por Ramón Gómez de la Serna, Fran-

cisco Madrid y Melchor Fernández Almagro, insisten demasiado en el pintorequismo decadente del figurón que Valle-Inclán quiso representar; pero su ser verdadero está en sus obras y por ellas se le conoce, como a todo hombre, sin error posible de sus escoliastas y comentadores. Tres ensayos breves, los prólogos de Azorín y Benavente a los tomos I y II de sus obras Completas, y el mejor de todos, de Manuel Azaña sobre «El Secreto de Valle-Inclán» publicado en el número de «La Pluma» dedicado en enero de 1923 al autor de *La Reina Castiza* y el colegido después, por Azaña mismo, en su libro de *La Invención del Quijote y*

*Otros Ensayos*, coinciden con la opinión en que se fundan mi admiración y mi amistad por don Ramón, en que la máscara tras de la cual se defendía de las acechanzas de la mediocridad encubrió de por vida al más quijotesco de los desfacedores de entuertos y restauradores de una justicia estética —unidas belleza y bondad inasequibles— a imagen y semejanza, no ya de Cervantes, del propio don Alonso Quijano el Bueno. Y así como su maestro y amigo Darío, arrepentido cantor de princesas de ilusión, volviése en su hora última al rostro verdadero de su compañera más fiel, la pobre «musa de carne y hueso» llamándola por su nombre: «Francisca Sánchez, acompáñame», así don Ramón, en el «Karma» motivo que cierra los versos «del Pasajero», hace penitencia de vanidades, con manifiesto deseo del reposo solariego que la suerte había de negarle siempre, en coplas que recuerdan de lejos la inspiración de los Manriques:

*«Quiero mi casa edificar  
como el sentido de mi vida,  
quiero en piedra mi alma dejar  
erigida*

.....

*Y sea labrada mi piedra  
mi casa karma de mi clan,  
y un día decore la hiedra  
sobre el dohmen de Valle-Inclán»*

El grabado de Castro Gil que ilustra las **Obras Completas**, da fidelísima la última imagen de don Ramón, hasta cierto punto pareja de la que el Premio Nobel popularizó de Rabindranath Tagore, el poeta bengalí. A ese retrato había llegado Valle-Inclán a través de trabajadas depuraciones, correspondientes, en el transcurso de los años, a la perfección de estilo que de **Epitalamio** y **Flor de Santidad** logra, por el camino de las



**Comedias Bárbaras**, la meta de los esperpentos.

## REGISTRO DE SU VIDA

Respetuosos con el inocente equívoco en que se complació siempre don Ramón, su viuda y su hijo no han dado en sus **Obras** su biografía legal. Valle-Inclán se llamaba en el Registro, Ramón Valle (o del Valle) y Peña. Tengo entendido que nació en la Puebla del Caramiñal, provincia de Pontevedra, aunque Cambados le disputa la partida ilustre. Nunca tuve por él referencias de su familia, y sólo supe de un hermano, notario en León o su provincia.

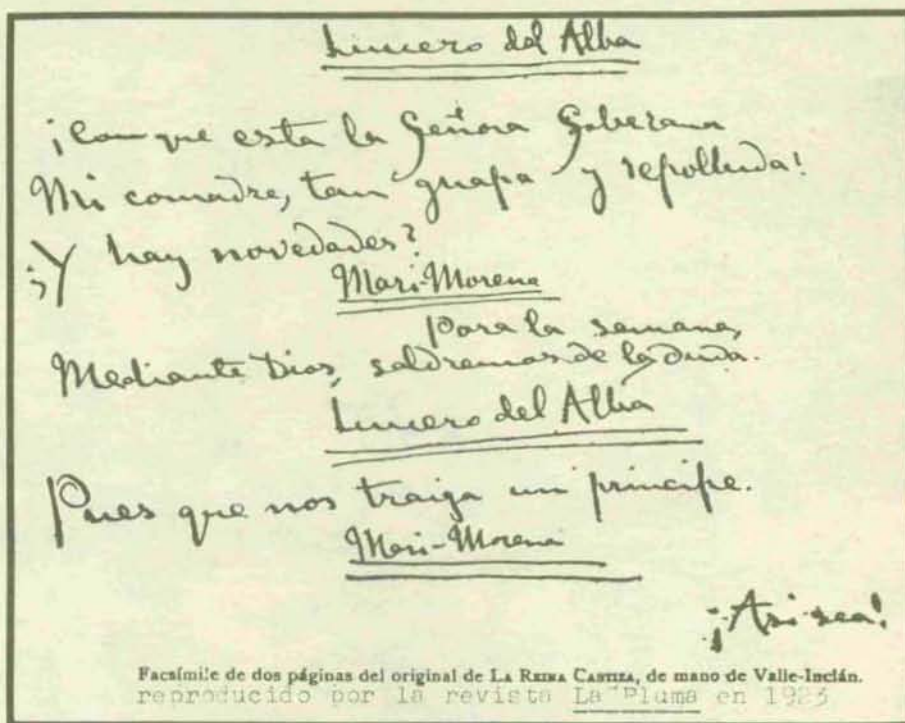
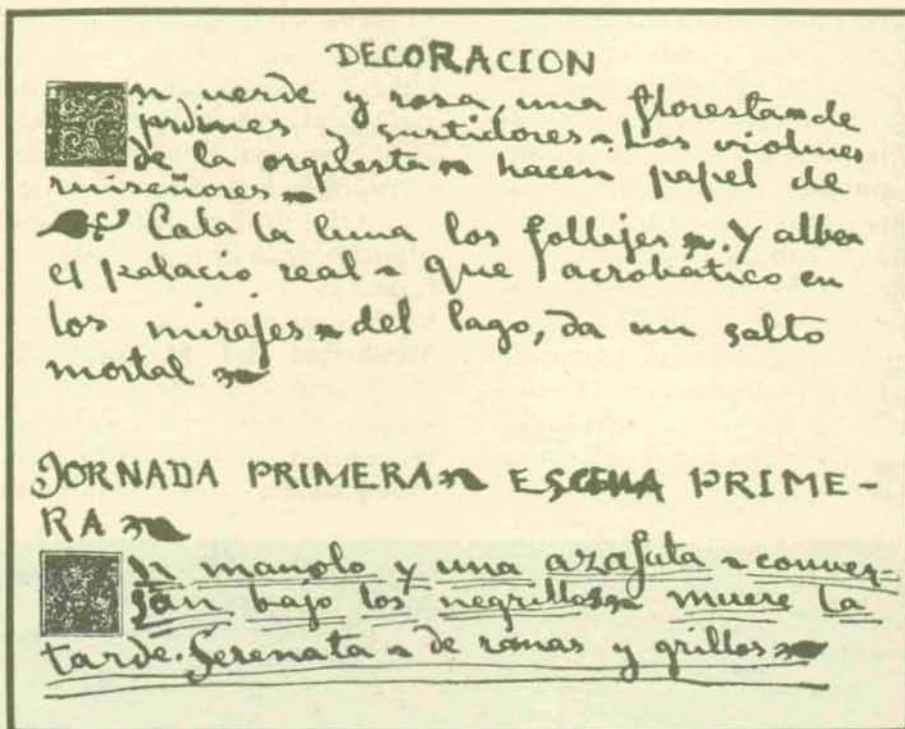
Nunca le oí hablar de otros ascendientes que los que más o menos prefería, los Montenegro principalmente; tampoco sé hasta qué punto reales, imaginarios, o compuestos con datos de la realidad, en su fantasía. No he conocido nadie tan creador de sí mismo como Valle-Inclán. Se equivoca quien suponga más real y verdadera la persona obligada a compartir nuestras miserias diarias en la calle, en el café, en su propia casa o en la nuestra —aunque siempre afectando una condescendencia de resignada grandeza— que el personaje que con figura y nombre inconfundibles de don Ramón del Valle-Inclán, vivió heroicamente, sin rendirse a la mediocridad del destino, que le había cabido en suerte, con nacer en un tiempo inadecuado.

Mal estudiante en Santiago de Compostela, va a México por los últimos días del siglo, viaje y estancia de que queda la huella de «La Niña Chole», cuyo retrato se perfecciona definido en la **Sonata del Estío**. Amigos suyos fueron cuantos hombres de letras mexicanos vivieron después en Madrid, de Amado Nervo y don Fran-

cisco A. de Icaza, a Luis G. Urbina, Alfonso Reyes, González Martínez y Martín Luis Guzmán. Alfredo Gómez de la Vega fue su intérprete con Mimí Aguglia, de **La cabeza del Bautista**.

Aficionadísimo al teatro, actuó de joven en el de la Comedia de Madrid, interpretando

una caricatura de su propia figura «modernista» que para él escribió en **La Comida de las Fieras** Jacinto Benavente. Sólo otra comedia que yo sepa, **Los Reyes en el Destierro**, adaptada de la novela de Daudet, representó sin mayor éxito Valle-Inclán. Poco después, el conocido incidente



Facsimile de dos páginas del original de **LA REINA CASTIZA**, de mano de Valle-Inclán, reproducido por la revista **La Pluma** en 1923.

La notoria proclividad de Valle-Inclán hacia Don Carlos y su rama en los comienzos de la vida literaria y su indeclinable prurito absolutista en las justas políticas del tiempo en que vivió, siempre le mantuvo frente a los últimos reyes de la dinastía borbónica en España. (Facsimil de dos páginas del original de «LA REINA CASTIZA», de mano de Valle-Inclán, reproducido por la revista «La Pluma» en 1923).



con el crítico y novelista Manuel Bueno, que disputando con él por una fruslería ante la mesa de café, por defenderse de un botellazo le dio con su bastón un palo, que hiriéndole en la muñeca con el propio gemelo de la camisa, le ocasionó la infección, el flemón difuso y la necesaria amputación del brazo izquierdo, determinó la figura física de don Ramón, espiritada en la flaqueza del cuerpo, compuesto preferentemente, en su atuendo callejero, con la capa española, negra o parda, de que usaba con natural gallardía de caballero, o prestancia clásica de manto romano. Se sentaba ante la mesa del café como en un trono de teatro, en la cátedra atenea como en una tribuna realmente revolucionaria, iba por la acera urbana bajo las acacias, o por las ala-

medas del Retiro madrileño, como por el Jardín de Academos propicio a los peripatéticos. En su casa, en el Círculo de Bellas Artes, en el Liceo de América —de la Villa y Corte todavía— hundido en un butacón o derribado en un sofá, sumía la exigüidad de la persona, disminuía su estatura más que mediana al límite de la larva, de la sombra, del espectro, toda cabeza, y en la cabeza los ojos iluminando de dentro afuera su propia imagen, trascendida a través del tiempo, de la prestancia veneciana del gran retrato, al resplandor de la llama con figura humana, del Greco.

En la época que corre de las **Memorias del Marqués de Bradomín** a las novelas de **La Guerra Carlista** profesa aparentemente en el absolutismo monárquico tradicionalista,

en postura estética contra la fealdad de la corte alfonsina y el exterior ramplón del liberalismo. Tenía de la justicia un concepto anárquico y la propensión a las acciones heroicas inasequibles a su verdadera condición de bohemio literario, y a las circunstancias del ambiente, poco propicio a la gesta. Insensible a la música, si no era de la de las palabras, sentía la de las estrellas, y si fácil su intención a decaer de una mística vaga en la pura sensualidad del mundo, de la vida en derredor, la ingénita protesta de su temperamento, arbitrariamente irritable, le llevaba a inocentes extremos que le hicieron fama quevedesca de chistoso procaz, arma con que se defendía de la sociedad estúpida en que había de convivir con unos cuantos elegidos y la turbamulta



En el parque del El Retiro de Madrid. (De pie, de izquierda a derecha: Enrique González-Martínez, Ramón del Valle-Inclán, Manuel Azaña, Néstor de La Torre. Sentados: El actor Alfredo Gómez de la Vega («Arbolito»), Enrique Díez-Canedo, González Rojo, Cipriano de Rivas Cherif y Luis G. Urbina. (Foto de 1927 ó 1928).



del vulgo, a falta del brazo con que manejar la espada, ducho como era en la esgrima clásica de Pancho de Narváez, a creerle por su palabra entretenidísima.

Por los primeros años del siglo, hizo un viaje a Argentina, en compañía de su esposa, que formaba en la de Francisco García Ortega, actor distinguido que llevaba con el repertorio habitual el propósito de representar el de Valle-Inclán. Había dado con otra actriz primera, Matilde Moreno, «El Marqués de Bradomín» escenificación de la **Sonata de Otoño**, quien para su función de beneficio, pocos años después en el teatro de la Comedia, estrenó **Cuento de Abril**. Creo que en Buenos Aires llegó a dar García Ortega **Romance de lobos**. Pero la temporada no fue bien, y Valle-Inclán regresó con su mujer, a la sazón en la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, la más prestigiada de por entonces. De Buenos Aires no volvió tan americano como de México. Y nunca le conocí amigos argentinos como de México los tuvo siempre.

Fuéronle naciendo hasta seis hijos, Conchita, Joaquín, Carlos, Jaime, Mariquilla y María Antonia. Por años le duró viva la frustración de su patriarcalidad. Bastantes después, con ocasión de la muerte de un hermano mío, en la flor de la juventud, tuve ocasión de comprobar en la preciosa carta que desde Galicia me escribió, la vivencia de aquel dolor de padre. He perdido aquella muestra de su exquisita sensibilidad cristiana, entre otras muchas de que me despojó la estupidez de la Policía de Franco (1).

Pensó a la vuelta de su viaje a Argentina en la posibilidad de

(1) Véase en **Tiempo de Historia**, núm. 42, mayo de 1978 el relato por el propio Rivas Cherif titulado **Tres Mártires**.

# La Pluma

AÑO IV

NÚM. 32

## VALLE-INCLÁN

POR E. GÓMEZ DE BAQUERO, E. DÍEZ-CANEDO, RAMÓN PÉREZ DE AYALA, ANTONIO MACHADO, ALFONSO REYES, RAMÓN MARÍA TENREIRO, C. RIVAS CHERIF, MANUEL BUENO, RICARDO BAROJA, CORPUS BARGA, J. MOYA DEL PINO, JEAN CASSOU, FRANCIS DE MIOMANDRE, JORGE GUILLÉN, RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, MANUEL AZAÑA.

RETRATO DE VALLE-INCLÁN, POR JUAN ECHEVERRÍA. DIBUJOS DE MOYA DEL PINO Y VIVANCO.

M A D R I D

E N E R O

1 9 2 3

Portada del número-homenaje de «La Pluma», de enero de 1923, que Azaña y Rivas Cherif dedicaron a Don Ramón M.<sup>o</sup> del Valle-Inclán.

hacer teatro para María Guerrero, por quien tenía verdadera estimación. Pero el de la Princesa estaba servido, a boca qué quieres, por la pluma, mucho más acomodaticia, de Eduardo Marquina. Tras de un hermoso poema dramático, **Voces de Gesta**, y la lindísima comedia de **La Marquesa Rosalinda**, rompióse la relación de Valle-Inclán con el matrimonio mediante que detentaba la primacía en España y América, y siguió escribiendo libremente, sin adaptarse a empresario ni a editor verdaderamente responsable.

Malamente vivía don Ramón de su alma y siempre con la dignidad, un tanto teatral, de su irreductibilidad a lo que se llama las conveniencias. Se retrajo unos años a Galicia, en casa que nunca fue de su propiedad y de que escapaba largas temporadas a gestionar en Madrid la publicación de algún libro, en que siempre andaba empeñado, en toda la extensión de la palabra. Otro viaje hizo a los campos de guerra de Francia, durante la primera de nuestro tiempo, y de ella obtuvo las crónicas que, publicadas en un periódico, se tradujeron luego en el





En el número de enero de «La Pluma», aquel año de 1923 apareció el grabado aquí reproducido, con la siguiente traducción de un periódico de New York que lo había publicado: («...todas las tardes, de seis a ocho y media, puede verse a Don Ramón en una mesa del café Regina, en la encrucijada de ese bullicioso centro de Madrid, llamado la calle de Alcalá, donde tiene su corte literaria, como no ha habido otra desde que Goldsmith y Boswell se reunían en torno de nuestro Samuel Johnson. El mundo literario español se reúne en torno suyo: novelistas y dramaturgos, poetas y editores, «poetas menores» y periodistas, vendedores de periódicos, mendigos callejeros y las Cármenes de la localidad. Muy excitados, discuten allí los negocios de Estado y la Inmaculada Concepción. Los poetas recitan versos en alta voz, con el ruidoso acompañamiento del estrépito callejero. Los vendedores de cigarrillos interrumpen los acalorados discursos con la oferta de su mercancía. Don Ramón se pone en pie. Con su única mano se peina las barbas desmalazadas. Como chispas eléctricas brilla el ingenio. Tal es la «tertulia», como ellos la llaman, de los literatos españoles».

tomo de «La Media Noche». La dictadura de Primo de Rivera, que eligió en Unamuno víctima más propicia que Valle-Inclán, le insta con la inspiración grotesca de su tradición espadona, a la realización del esperpento, de que vino a ser ejemplo capital su novela maestra de **Tirano Banderas**.

Ha vuelto a México, huésped de honor del Presidente Obregón, en quien ve las mismas virtudes de caudillo que admiraba en don Porfirio Díaz, junto con el espíritu revolucionario, para él mucho más genuino en México que en Rusia, donde admira a Lenin más por heredero de Pedro el Grande que de Marx. Siente en México, en esta su segunda visita, como un conquistador

doblado de misionero, la profunda aversión por el detentador de encomiendas y, sobre todo, por el gachupín, usurero y mercachifle, en que ha venido a parar, a ojos del indio mexicano, la estampa de los hijos de Hernán Cortés:

*«¡Adiós te digo con tu gesto  
[triste, indio mexicano!  
¡Adiós te digo la mano en la  
[mano!  
¡Indio mexicano que la enco-  
[mienda tornó mendigo!  
¡Rebélate y quema las trojes del  
[trigo!*

*¡Rebélate, hermano!  
Indio mexicano,  
mano en la mano  
mi fe te digo:  
Lo primero  
es colgar al encomendero  
y después segar el trigo...»*

Este pequeño poema, que oí

leer a Valle-Inclán en el ateneo de Madrid, fue publicado por primera vez en **México Moderno** (1 de septiembre de 1922). El breve poema no figura en las **Obras Completas**, sin duda por no haber tenido a mano su familia copia ni referencia del original.

Afecto a la República, y muy mucho a la persona de Azaña, aunque no se inscribiera en su partido, no tuvo más prebenda que la efímera de un nombramiento a su favor de director de un Museo de Tapices en Aranjuez, que no recuerdo si se llegó a instituir, y que en el ánimo de Azaña era no más pretexto para darle una situación eximida de las variaciones políticas, con el que pudiera dedicarse sin apremios a su labor litera-



ria (2). Después se le dio la dirección de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, donde pese a su extravagancia siempre hubiera hecho mejor figura, cuando menos decorativa, de embajador, que otros más fáciles al mal gusto del Presidente Alcalá Zamora. Dejó el cargo pronto, imposibilitado, por la escasa dotación de la Academia, de ver señalado su paso como era debido al nombre de la Institución y al suyo.

Todavía tuve ocasión, en sus últimos años, de compensar nuestra amistad con la mía por Margarita Xirgu, y restaurar la mala opinión que de ella tenía don Ramón, por un mal entendimiento al principio de su carrera de actriz, que al cabo culminó, por mi afortunada mediación, en una de las mejores representaciones de la Xirgu: la de **Divinas Palabras**, que publicada años antes, nunca había visto la luz

(2) Para mayor precisión de este dato que da Rivas Cherif, véanse las **Memorias políticas y de guerra**, de Azaña, especialmente el 22 de agosto de 1931, en que dice: «Valle está muy apurado por la suspensión de pagos de la C.I.A.P., que le pagaba tres mil pesetas mensuales. Ha pensado irse a América, y ya tiene pasaporte y pasaje. En el Consejo de esta tarde he dado cuenta del caso, y he opinado que no podía consentirse que Valle se fuese a mendigar por América, con el decoroso pretexto de dar conferencias. Todos han asentido. Discurriendo lo que se podría hacer por él, y convencidos todos de que por su carácter, es peligroso darle un cargo de responsabilidad, he propuesto que se invente uno: el de Conservador General del Patrimonio Artístico en España, con veinticinco mil pesetas de gratificación, y que se provea en Valle» (Manuel Azaña, **Obras Completas**, Tomo IV [Editorial Oasis, México, D.F., 1968], pp. 99-100). También lo que dice Azaña el día 21 de junio de 1932: «Valle-Inclán ha dimitido el cargo que le dimos el año pasado. Estaba sin un céntimo y no tenía ni para comer. Inventé para él una función: la de Conservador del Patrimonio Artístico, con 24.000 pesetas. El Gobierno lo aceptó y fue nombrado. Ni siquiera me dio las gracias. No tenía qué hacer y, pasados unos meses, hubo que signarle una ocupación. Se le dijo que atendiera al Palacio de Aranjuez...» (Manuel Azaña, *Ibid.*, pág. 407).

escénica, como no la habían visto todavía algunas otras de las mejores de su pluma y del teatro español. Dificultades de orden administrativo de la testamentaria de Valle-Inclán, me impidieron dar en México **Divinas Palabras** con la Xirgu, cuando con ella fui en 1936.

Murió don Ramón en un sanatorio de Santiago de Compostela, donde había sido trasladado de poco antes, con estoicismo y descuido admirables de la antigua afección de riñón que padecía. Pude visitar su sepultura a los pocos días de enterrado, por los primeros de enero de 1936, de camino ya

para México, que sus referencias literarias y coloquiales habíanme hecho legendario.

### SU OBRA, DEL MODERNISMO AL EXPRESIONISMO DEL ESPERPENTO

Achacóse a Valle-Inclán en su primera etapa de escritor la influencia de Villiers de l'Isle Adam, Teodoro de Banville y D'Annunzio, entre otros modelos de la literatura francesa o italiana inmediatamente anterior, o rigurosamente contemporánea de los modernistas españoles. Poco francés



## SONETO ESTRAMBÓTICO

A DON RAMÓN, EN CONSONANCIA CON SUS ÚLTIMAS PRÉDICAS DE CAFÉ.

*La siringa de Pan, dios pie-de-cabra,  
no a los Númenes pido ni la lira  
poética y retórica, que el lauro  
académico ciñan a tu obra.*

*Dentro del pecho el corazón celebra  
saltando, fiesta que no ondea al aire;  
y si moneda vil parece el oro  
con que te pago la amistad, encubre*

*la expresión torpe un sentimiento puro.  
No de la sombra de Grecia famosa,  
para cantarte, conviene el amparo.*

*Preste a mi acento su gracia tu musa.  
Suene la gaita gallega. Y espere,  
andando mucho aún, el Tiempo, tu misere-  
rere.*

C. RIVAS CHERIF

Nunca le oí hablar de otros ascendientes que los que más o menos prefería. Los Montenegro principalmente; tampoco sé hasta qué punto reales, imaginarios, o compuestos con datos de la realidad, en su fantasía. No he conocido nadie tan creador de sí mismo como Valle-Inclán.



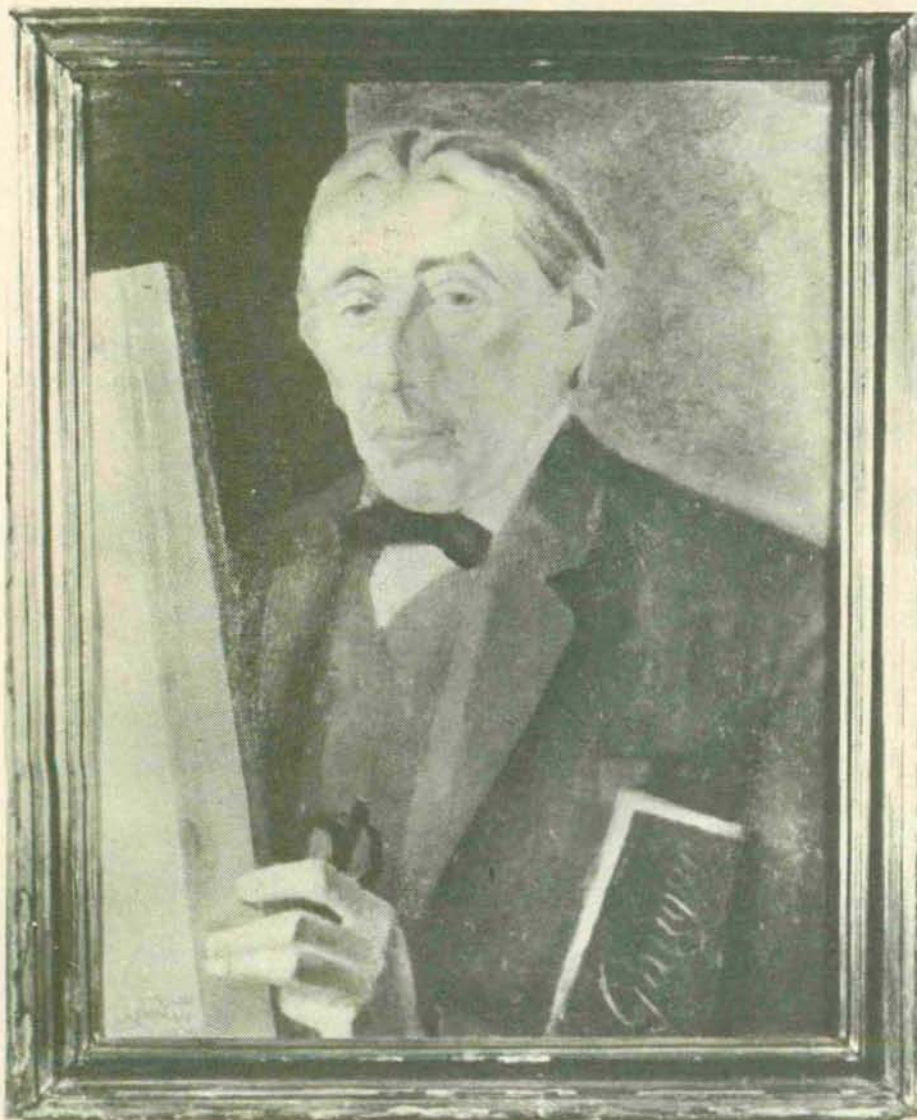
sabía don Ramón, ni tampoco italiano tan a la perfección para poder captar de otra manera que intuitivamente el quid de un estilo. Pero aparte la nueva luz a que vieron las cosas los poetas españoles después del primer viaje de Rubén Darío a Madrid, hay siempre en el ambiente de cada siglo, y aun de cada cuarto, una cierta atmósfera más o menos común a los hombres —a los escritores, a los artistas sobre todo— de una misma generación. De Valle-Inclán sé decir que durante meses vi sobre el escritorio de un varguño abierto en su gabinete de recibir *I laudi del cielo della terra e del mare*, siempre de par en par en la misma página; es indudable que en

aquella edición, imitada *da l'antico* se inspiró para las suyas don Ramón mucho más que de *La Hija de Iorio* para *El Embrujado*, pongo por uno de los parecidos más fáciles entre una y otra obra. Seguro estoy de que le había entrado por los ojos la representación que dio por entonces Mimi Aguglia con Giovanni Grasso en dialecto siciliano —lo que no era poco disparate— de la tragedia dannunziana. En cuanto a Banville y sus funambulerías, de que era más conocedor Manuel Machado, me consta por testimonio directo del crítico de arte Juan de la Encina, que él le regaló a don Ramón, en ocasión de estar posando para Juan Echevarría, las poesías que no co-

nocía, del gracioso poeta francés. Declaradamente transcribe un pasaje de las Memorias de Casanova, ¡con cuánta más ligereza!, o toma de los cronistas de Indias el suceso castizamente autóctono que poder pasar a un relato de nuestros días. Pero su estilo personal no admite parangón en castellano. Quizá porque traduce su pensamiento con el deje de un acento nativo inconfundible, tampoco por galaico, por exclusivamente propio.

A este respecto, recuerdo la respuesta que, según él mismo refería, dio a unos galleguistas acérrimos, de los de la «fala», quienes le reprochaban que escribiera en castellano y no en la dulce lengua de Rosalía de Castro, la poetisa insigne: «Porque de escribir en gallego puro, había de hacerlo en un idioma del siglo XIV, todo lo más; pero si como es deber ineludible de todo escritor hacer vivir la lengua, la voy renovando a tenor de cómo habla la gente, acabaría por descubrir el castellano, que es la desembocadura natural del gallego, por una vertiente; o terminaría escribiendo en portugués, que es su otra consecuencia vital».

La inspiración de las *Comedias Bárbaras* —que responden a ese título precisamente por no ser representables, tal como están escritas, sino novelas en diálogo, acción en prosa, que decía Lope al calificar su *Dorotea*— de la misma manera que Rubén Darío tituló de *Prosas profanas* uno de sus primeros y más famosos tomos de poesías, tiene más de shakesperiana, y eso a través también de los románticos españoles en cierto modo y siempre salvando, con su intuición genial, ese punto de relación que convierte la creación literaria en un ejercicio escolar, por superior que pueda ser, fatalmente



Muchos años después, Juan Echevarría —en la imagen— da el último retrato del autor de los «Esperpentos» que se conserva en el Museo de Arte Moderno de Madrid.



determinado por la continuación histórica. En la obra de Valle-Inclán sucede todo lo contrario: siempre la invención supera a cualquier antecedente inmediato, y la originalidad y la sorpresa exceden cualquier veleidad retrospectiva.

Pero donde don Ramón del Valle-Inclán rebasa todas sus marcas anteriores y planta su bandera, en tierra nueva, es en el esperpento, creación sui generis, con mucho superior a la propia expresión valle-inclanesca, valedera hasta entonces y desde entonces, con todo y su magnificencia literaria, simple antecedente—todavía no más que apuntado por los más jóvenes que él— de un expresionismo que si con carta de naturaleza ya en otros países adquiere un valor propio, tampoco nacional, personalísimo de su pluma; pero llamado a una trascendencia universal, a través del modelo que es **Tirano Banderas**.

El concepto de una «lengua franca», de «un castellano sin aduanas», expuesto por Valle-Inclán en más de una tertulia, tiene verificativo, que diría un personaje de su novela de tierra caliente, no ya en la transcripción de un habla común al pueblo hispanoamericano, sino en la expresión pan-ibérico-indiana, que constituye la aventurada novedad del estilo del relato en **Tirano Banderas**. Que haya logrado **Valle-Inclán**, de primeras, el logro de una comprensión general en la masa de lectores posibles, a uno y otro lado del Atlántico, es más que discutible. El que esto escribe es testigo de mayor excepción, porque profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico, hubiese menester de un curso mucho más prolijo para la lectura en clase de **Tirano Banderas** que para una **nivola** de Unamuno.



Creo que en Buenos Aires llegó a dar García Ortega «Romance de lobos». Pero la temperatura no le fue bien, y Valle-Inclán regresó con su mujer, a la sazón en la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, la más prestigiada de por entonces. (María Guerrero, por Anselmo Miguel Nieto).

De cualquier manera, y aun a trueque de no entender cada lector hispanoamericano los modismos y expresiones que don Ramón no sólo presta a los habitantes de **Punta de las Serpientes**, sino que utiliza valientemente en la conceptuosa composición de su nuevo y conciso estilo, cargado, por otra parte, de la cadencia galaica, la claridad castellana de la gesta y el desgarrado de la picaresca, es lo cierto que a todos llega la fuerza de ese humor truculento, de esa despiadada imagen en espejo curvo, que por reducción al absurdo, constituye la sátira más acabada del tiempo en que vivimos y pasamos.

Sin duda proveniente del arte

macabro de los «Caprichos» de Goya, la literatura valle-inclanesca que irrumpe con **La Reina Castiza** y **Los cuernos de don Friolera**, cuyas primicias nos concedió a Azaña y a mí en «La Pluma», se magnifica en la mejor novela americana, la de **Tirano Banderas**—como sigue siendo «Carmen» la mejor ópera española— para abrir las más desenfadadas perspectivas que clásico alguno haya podido proponer a los creadores literarios que le sucedan. Nunca, por grave que sea la diatriba por la pluma, o por la simple maledicencia de los corrillos literarios, en contra de la influencia española en América, y aun de Castilla, en las demás Españas peninsulares, en que va incluida Portugal, nunca la gra-



Pero donde Don Ramón del Valle-Inclán rebasa todas sus marcas anteriores y planta su bandera, en tierra nueva, es en el esperpento, creación sui generis, con mucho superior a la propia expresión valle-inclanesca valedera hasta entonces... (Facsimil de dos páginas del artículo que publicó en «La Pluma» Rivas Cherif, en el número-homenaje de enero del 23, dedicado a Valle-Inclán).

cia con que abomina del teatro castellano el cura renegado don Estrafalario en el prólogo a **Los cuernos de don Friolera** será fácilmente sobrepujada en una mejor definición de la estética conveniente, por sobre las tradiciones mentidas, a la literatura americana y española de nuestros días (3).

### COMEDIAS ROMANTICAS Y COMEDIAS BARBARAS DE VALLE-INCLAN

La obra dramática de Valle-Inclán consta en total de veintidós títulos. De ellos, cuatro corresponden al teatro en verso. De las en prosa, cuatro de un solo acto. Su tradicionalismo, de que alardea, en su primera época sobre todo, tiene poco que ver aparentemente con la fórmula clásica del Siglo de Oro español, en punto a métrica y rima.

Mucho menos su prosa, con el diálogo usual en las comedias y sainetes que más se aplaudían en su tiempo.

El yermo de las almas, refun-



Don Ramón del Valle-Inclán (cuadro de Ignacio Zuloaga).



## MÁS COSAS DE DON RAMÓN



Conoció a don Ramón hace catorce o quince años en su casa, adonde me llevó un poeta, de cuyo nombre no quiero acordarme. Recién casado con Josefina Blanco, actriz rarísima en la escena española por su inteligencia y sensibilidad, vivía en un principal espacioso y burgués, a la entrada de la calle o paseo de Santa Engracia. Rapada la melena romántica, con que hasta poco antes había desafiado la curiosidad madrileña, sustituidos los quevedos por unas simples gafas, más cuidado y pulcro en su atuendo que hasta entonces, la figura de don Ramón permanecía inconfundible. «En medio del camino de la vida», cobraba esa prestancia natural de algunos retratos del Tintoretto.

Pronto me ganó la afabilidad de su trato, que cierta fama, debida a tal cual desplante quijotesco de sus buenos tiempos juveniles, supone difícil. No es, en verdad, hombre dado a disimular sus sentimientos. Pero lo valiente en él no quita a lo cortés, y todavía no le he visto nunca airado sin razón ni motivo. He podido comprobar varias veces, en cambio, la finura espiritual, exenta de ademanes superfluos, con que distingue a los amigos, que lo somos de la verdad al serlo suyos.

Una de las primeras veces que le visité con mi inseparable compañero de carrera, hasta que prematuramente acabó la suya en esta vida, Fernando Fortún, nos recibió Valle-Inclán en el comedor de su casa, donde al pie de una estufa al rojo vivo, yacía desnudo un bebé de pocos días, pues que la madre estaba convaleciente aún. Don Ramón contemplaba a su hija forzando la curiosidad por disimular sin duda todo sentimentalismo paternal. La niña, que desde su-

dido de sus propias **Cenizas** y que subtítulo **Episodios de la vida íntima** no pasa de ser, aunque siempre con harta más discreción que en sus congéneres, tocado de cierta ironía el melodrama, uno de tantos anticlericales, como dieron gusto de prohibición a la mismísima burguesía de los «abonos» más o menos aristocráticos al uso de entonces. No llegó a representarse normalmente y su autor renegó de aquella su primera criatura.

**El marqués de Bradomín**, escenificación propiamente dramática de la tercera de sus **Sonatas**, la de Otoño, fue escrito a la intención de la actriz

Matilde Moreno, que tenía en su compañía a su amiga Josefina Blanco, quien hizo en el estreno el papel del paje Florisel, poco antes de contraer matrimonio con el autor. Fue lo que se decía «un suceso de estimación», con lugar común periodístico directamente traducido del francés.

Sin propósito de que se representara, dióse luego a escribir **Aguila de Blasón** y **Romance de Lobos**, comedias bárbaras que las subtítulo, queriendo declarar paladinamente su filiación ajena al clasicismo griego ni latino; antes bien, a la andadura del romance carolingio.

Acentúase el acento gallego de



primera infancia se mostró en hechos y dichos heredera de la viveza de ingenio de sus padres, correspondíale con una mirada, sorprendente por lo segura en criatura tan tierna.

Nos habían hecho pasar al comedor, como habitación más confortable que la salita de entrada donde acostumbraba recibir los visitantes de cumplido. No porque estuviera comiendo. Don Ramón no comía; ayunaba por prescripción facultativa, como había hasta entonces ayunado muchas veces por no tener qué comer. Hasta hace muy poco no le he oído alardear ante un sangrante solomillo de café, de la virtud del ayuno, practicada por él en los años de bohemia descarada, en holocausto a la fe literaria en su propia obra. Cuando lo practicaba no lo decía. Es más, si no se salpicaba las barbas de migajas los días que no lo probaba, interrumpía la compañía de sus camaradas para engañar el tiempo de la cena. La hora del almuerzo la pasaba en la cama.

Para poderle aliviar, ya que convidarle hubiera sido imposible o contraproducente, que tanto valía comprometerle a corresponder, exageraba a sus amigos la afición a una buñolería pintoresca, donde por poquísimo dinero satisfacía don Ramón con un café sus escasas necesidades. Cuando yo le conocí, repito, ayunaba; pero ya sin apremio, y cuando no se lo rechazaba el estómago ingería sus buenos vasos de leche, que, solícita, le tenía preparados su mujer.

Estaba en trance de publicar *Romance de lobos*, que iba viendo la luz, según la escribía, en folletones de *El Mundo*, diario nuevo aquel año. Más de una vez nos leyó a Fortún y a mí la comedia bárbara a medida que las escenas se sucedían inspiradas. Quien no haya oído leer a Valle-Inclán sus propias obras nos es fácil que entienda toda la significación que don Ramón atribuye a las palabras, consideradas en sus elementos sonoros. No, no es escritor que se enjague con el estilo, alambicándolo de un modo precioso. Pero el acento no es en su prosa impreciso o inapreciable. Es algo consustancial. Todavía recuerdo la impresión que un simple inciso en una de las acotaciones de *Romance de lobos*, me produjo en su primera lectura: «la llamaban por mal nombre la Rebola», dice el texto acabando de pintar un tipo. A contadísimos actores, entre los más grandes, juzgo capaces de expresar, como don Ramón aquella tarde, el misterio trágico-grotesco del estrafalario personaje con tan pocas palabras descripto.

—¡Ah!, pues si la hubiera usted visto...—decíame no ha mucho don Ramón recordándole yo mi impresión por tal lectura, y estudiando él el original de tan vivísima copia.

su inspiración, lo que caracteriza su indudable condición céltica. De ahí el parentesco que se advierte entre mucha parte de la producción valleinclanesca y el teatro irlandés de Yeats, de Synge y Lady Gregory. Ni qué decir tiene que Valle-Inclán no conocía otra lengua que el castellano. Es sabido, además, que leía poco, y las influencias de otros escritores que se pueden advertir en su literatura son a través de traducciones y aun de oídas puramente, en su enorme poder de captación de las cosas que le eran afines.

Ya he dicho que *Romance de Lobos* se representó malamente en Buenos Aires, por la

compañía de Francisco García Ortega, en que iba Josefina Blanco y a que asistió el propio don Ramón. Otro buen actor, Francisco Fuentes, intérprete famoso que fue, pocos años antes, de la famosísima *Electra*, de Galdós, se atrevió en Buenos Aires a dar *Aguila de Blasón*, segunda parte, sin primera todavía entonces, de la trilogía de las *Comedias Bárbaras*.

Muchos años después nos dedicó a Manuel Azaña y a mí, con destino a nuestra revista «La Pluma» (1920-23), *Cara de Plata*, que hace el número uno de las tres. Componen entre todas un vasto panorama dramático con la vida de don

Juan Manuel Montenegro, nombre familiar entre los de Valle-Inclán, prototipo legendario de una casta de hijosdalgos, bandidos voluntariamente de toda ley, sin menoscabo de su hidalguía.

Hay cierta pretensión shakesperiana en su composición e indudable reflejo de otra de las invenciones mejores de Galdós, *Alma y Vida*, representada con poco éxito, y nunca más desde entonces, al año del clamoroso de *Electra* en 1901, trascendente al motín callejero y a la manifestación política.

Valle-Inclán, por otra parte, echaba de ver, y lo acusaba en la intimidad de su queja de Benavente —con quien nunca discrepó en público—, el plagio de *Romance de Lobos* en la anécdota dramática de *Señora Ama*, aunque disimulado, en el rebajamiento de su aliento tragicómico a las proporciones de la comedia de costumbres, de simple «alpargata» y sentimentalismo lloroncete.

A través de los años y con las intermitencias de otros empeños, *Divinas Palabras* se incluye en la categoría dramática de estas primeras comedias bárbaras, y si siempre desafortada, como aquéllas, de la perspectiva de la escena española en la degeneración del naturalismo realista, más acomodada a las posibilidades de la representación que cabe en nuestros teatros.

Tan bárbara, tan extraña a las normas clásicas grecolatinas, como a las estereotipadas en el gusto español de Lope a Calderón, es *Divinas Palabras*. Su aliento, violentamente romántico, tiene poco que ver, sin embargo, con la producción melodramática del siglo XIX que inspiró tantas obras de Verdi. Como las tragedias y las comedias de Shakespeare, el teatro de



Valle-Inclán rebasa todavía las posibilidades actuales del cine. La proyección sugestiva que el poeta ejerce con su prosa directamente sobre el lector, sobrepaja, hoy por hoy, cualquier representación teatral por buena que sea. Y me precio de haber obtenido de la difícil conformidad de Valle-Inclán el beneplácito de mi dirección: de **La cabeza del Bautista** a Mimí Aguglia y Alfredo Gómez de la Vega; y de **Divinas Palabras** a Margarita Xirgu, con López Lagar, Enrique Diosdado, Enrique Guitart y Fernando Porredón (hijo), quien hizo del inocente hidrocéfalo a quien se comen los cerdos, lo que se dice «una creación» alucinante.

#### MAS SOBRE EL TEATRO EN VERSO DE VALLE-INCLAN

Hubo un momento en que Valle-Inclán hizo un nuevo esfuerzo por acomodar su riguroso criterio estético y su moral profesional al orden mesocrático imperante en la monarquía teatral de doña María (Guerrero) y don Fernando (Díaz de Mendoza), marqués de Fontanar, conde de Balazote y señor de Lalaing, grande de España por su Casa, aunque nunca pretendió cubrirse ante el rey. Poco antes había reñido estrepitosamente con Matilde Moreno, primera dama del Español por poco tiempo otra vez, siempre con el patrocinio amistosísimo del viejo duque de Tamames, y circunstancialmente a la sazón, con el doctor Madrazo, acreditadísimo médico santanderino, que se había hecho empresario para representar sus dramas de intención ibseniana. El propio Galdós, su grande amigo, se había prestado a figurar, más que a ejercer de director. Valle-Inclán ofreció a

#### LA PLUMA

Yo no conocí, claro está, a la verdadera Rebola; pero no puedo por menos de asociarla al recuerdo de *la Criso*, criada a la sazón de Valle, atormentada por espíritus que le acompañaban como una sombra, ya en la cocina, ya en las andanzas de su ministerio por la casa toda.

*La Criso*, diminutivo de Crisógona, su nombre de pila, que don Ramón entonces heroicamente para encomendarle cualquier servicio sin importancia, era una criada sin par, más que persona viva, trasunto de la imaginación de su amo. Un amo de tan fuerte personalidad forzoso es que imprima al ambiente en que se mueve cierto encanto novelesco. Es verdad que don Ramón empezaba por introducir al que por primera vez iba a su casa en una habitación cuyo único balcón a la calle aparecía condenado en su parte baja por un pequeño escritorio, y sustituido en su parte alta por un montante clavado imitando una vidriera de catedral. Luego, el menor accidente prestaba a la *decoración* la rareza de un mundo anacrónico. Así, cierto día que se fundió el alumbrado eléctrico y hubo de acudir Criso con un quinqué, cuya sombra incierta vagaba junto con la del espíritu—no sé si tutelar o burlón—que siempre le acompañaba, el prestigio de lo misterioso, caro a don Ramón, cobraba insospechada realidad.

Pasábase en la cama días enteros, los más fructíferos de su trabajo—y aun ahora, cuando escribe, suele hacerlo entre sábanas, no más que incorporado en el lecho, recostándose sobre las almohadas—. Leyéndome en otra ocasión uno de los últimos pasajes de *Romance de lobos*, detúvose un punto, sacó la cabeza, inclinóse a una jofaina que al lado de la cama tenía, y con menos esfuerzo que el catarroso se alivia de una flema molesta, vomitó una bocanada de sangre tal que quedé espantado. Antes se recobró él que yo del susto, y como si nada sucediera siguió leyendo con el mismo graciosísimo énfasis.

Creo que aquella misma tarde fué cuando, a propósito de la desorientación de sus críticos al atribuirle determinadas filiaciones literarias, me dijo:

—No saben nada; no se enteran de nada. ¡Vaya! ¿A que no sabe usted el ejemplo que tuve presente al escribir las *Sonatas*?

Don Ramón hizo, según acostumbra en casos tales, una pausa, a que pudo quizá servir de pretexto la rápida rebusca de un pañuelo perdido bajo la almohada o entre el embozo de la sábana. Yo, entre tanto, callaba respetuoso, sin acertar a figurarme la influencia que don Ramón se disponía a confesar, seguro por lo demás de que mi empeño hubiera sido vano, dada su agilidad para reaccionar siempre de una manera inesperada y sorprendente.

Alzó la cabeza de nuevo, se me quedó mirando, y dirigiendo luego la vista

En la obra de Valle-Inclán, siempre la invención supera a cualquier antecedente inmediato artículo que publicó en «La Pluma» Rivas Cherif, en el n

la Moreno un drama en prosa, **El Embrujado**, hartamente influido del D'Annunzio de **La hija de Iorio**, que no llegó a representarse entonces. El autor reaccionó violentamente desde la tribuna del Ateneo de Madrid, contra Galdós, contra el doctor Madrazo y, sobre todo, contra la actriz, de quien lo menos que dijo fue que «semejante a aquel animal de la fábula que despreciaba las uvas que no podía alcanzar», desahuciaba su obra. Muchos años más tarde, Irene López Heredia estrenó con su compañía **El Embrujado**.

Tampoco fue un gran éxito. En la ocasión a que nos venimos refiriendo, a su vuelta de Buenos Aires con la compañía Guerrero - Mendoza, a que se había incorporado su mujer, la pequeña (de estatura) gran actriz Josefina Blanco, Valle-Inclán les dio la tragedia **Voces de gesta**, en que la Guerrero hizo gala de su aliento y su temple heroicos, en los versos de arte mayor e imitación d'annunziana también, que pretenden en la intención del autor imbuir de verdadera tradición épica el mito político cifrado en las guerras civi-



a las cuartillas que yacían sobre la cama, añadió mesándose las barbas con lenta fruición:

—Pues tuve presente las *Doloras* de Campoamor.

Don Ramón ha sido siempre hombre de pocas lecturas. Su rápido instinto de comprensión, su aguda sensibilidad, le han ahorrado mucho tiempo para enterarse. Meses enteros he visto en su escritorio un ejemplar de *I Laudí*, de D'Annunzio, con la señal en la misma página. Conoce vagamente el italiano y no muy bien el francés. Es sorprendente la justeza, desde su punto de vista personalísimo, con que juzga a Anatole France, al autor de *La figlia di Jorio*, de la *Francesca*, de *La Fiaccola sotto il moggio*, a Ibsen, a Tolstoi, con un criterio opuesto las más de las veces al sentir general, a la opinión a la moda. Tolstoi le entusiasma, D'Annunzio le seduce, France le gusta poco, a Ibsen casi le detesta. Se explica, sin embargo, su admiración por Bernard Shaw, de que conoce poquísimas obras, por el humorismo genial del gran inglés, de que es incapaz su gran ascendiente noruego.

De la literatura española le atrae el movimiento dramático del teatro clásico más que los moldes poéticos del diálogo tradicional. Pero sus preferencias van a los cronistas y más que en los antiguos se complace en los de Indias. De sus contemporáneos admira sin reservas, con apasionado fervor, a Rubén Darío, de quien recita de memoria la obra entera con emoción y gracia rítmica incéfables. Recuerdo la imperturbabilidad, tan característica suya, con que yendo un día conmigo calle de Alcalá abajo, al dar la vuelta por la del Barquillo, según caminábamos despacio por medio del arroyo, recitando él con grave pausa el célebre soneto:

«Eva era rubia», no; con negros ojos  
vió la manzana del jardín, con labios  
rojos probó su miel..., etc.»

como acertara a alcanzarnos un tranvía que con insistentes llamadas nos avisaba que nos apartásemos, volvióse don Ramón iracundo, y con tal denuedo exclamó dirigiéndose al conductor:

—¡No me da la gana, ea!

que, amedrentado y confuso, el hombre se avino sin más a seguir nuestro paso. En tanto don Ramón, ajeno a todo cuanto no fuera el soneto que iba recitando, continuó hasta terminar;

«... que hace temblar a Pan bajo las viñas.»

to, y la originalidad y la sorpresa exceden cualquier veleidad retrospectiva. (Facsimil del número-homenaje de enero del 23, dedicado a Valle-Inclán).

les llamadas carlistas, por haberlas promovido don Carlos de Borbón, contra su sobrina Isabel II, con el lema de «Dios, Patria y Rey» (absoluto), frente al signo liberal de la reina, para cuya accesión al trono hubo que renegar de la ley sálica de los borbones franceses y reintegrar la monarquía española al orden antiguo de Castilla que permitía la sucesión de las reales hembras.

Pese al éxito de su estreno, la Guerrero y Díaz de Mendoza, atentos al mejor servicio de Alfonso XIII y pese a que muy

pocos vejestorios aristócratas quedaban tradicionalmente afectos a la causa de don Carlos VII, degenerada en la dinastía por la soltería y el desentendimiento efectivo del poder por parte de su heredero don Jaime, suspendieron las representaciones de **Voces de gesta** cuando podían haber suscitado en Pamplona, sede del carlismo vasco-navarro, durante las fiestas de San Fermín, un cierto recrudecimiento de los requetés o milicias tradicionalistas.

En la misma temporada y para beneficio de Díaz de

Mendoza y a petición suya, aunque Valle-Inclán no le tenía en la misma estimación artística ni personal que a la Guerrero, les dio otra comedia en verso, **La marquesa Rosalinda**, impregnada de la gracia de las de Musset, con los malabarismos de Banville, traducidos al modo que Rubén Darío lo había hecho de la lírica de parnasianos y simbolistas. Nunca se había representado de ese mismo género **La enamorada del rey**, que escribió a petición de Martínez Sierra; pero para que no le sirviera a Catalina Bárcena, su primera actriz.

En ese primer teatro en verso de Valle-Inclán, es mucho más personal, sin embargo, **Cuento de Abril**, que poco antes de su excursión a Buenos Aires se dio en un beneficio de Matilde Moreno, con dos obras de Marquina y los Quintero, respectivamente, autores a la sazón aplaudidísimos y que esa noche fracasaron ruidosamente, en tanto los incondicionales de don Ramón jaleábamos su éxito en un clamor de escándalo.

Sin par en la producción valleinclanesa e incluso en la general del teatro español, **Cuento de Abril**, inspirada en el arte de los trovadores provenzales del siglo XIV, así como su fábula y su versificación, voluntariamente retrotraída a los «dezires» prerrenacentistas anteriores a Lope de Vega, señala un alarde precioso, que los poetas catalanes y valencianos, y aun los franceses mismos, han desdeñado en la varia pretensión de su teatro. **Cuento de Abril** se repitió al año siguiente en el Español, por la compañía de Morano, en que iba de primera actriz Matilde Moreno y ya de dama joven Amparo Villegas. Años más tarde la volvió a dar como director el poeta Enrique López Alarcón con **La cabeza del Bautista**.



Con Alfredo Gómez de la Vega y la italiana Mimí Aguglia, que hacia de **La cabeza del Bautista** lo que se dice una verdadera creación, corrí gran parte de España y Portugal en 1924. La dimos en Santiago de Galicia por primera vez y el éxito fue de verdadera apoteosis para Valle-Inclán cuando asistió a su estreno en Barcelona.

En 1926 escribió expresamente para el teatrillo casero del «Mirlo Blanco» que hacíamos en casa de los Barojas, esa otra joya en un acto en prosa que es **Ligazón**.

## EL ESPERPENTO

Con **La cabeza del Bautista** y **Ligazón** se incluyen en las **Obras Completas** de Valle-Inclán otras piezas breves como **La rosa de papel** y **Sacrilegio**, que pueden constar con **La Hija del Capitán** y **Las galas del difunto** entre las farsas a que quiso dar categoría de género nuevo titulándolas de «esperpentos».

¿Qué es el esperpento y el género nuevo en cuestión? Según el Diccionario de la Lengua Castellana, impropia y exageradamente llamado de la Lengua Española en sus últimas ediciones, «esperpento» es «persona o cosa notable por su fealdad, desaliño o mala traza». Y en otra acepción, «desatino, absurdo». En la intención de Valle-Inclán viene a ser lo mismo que un capricho de los de Goya. Es decir, una caricatura, deliberadamente satírica, por reducción al absurdo, en efecto, de un vicio social, de la fealdad degenerada del heroísmo falso.

**La farsa y licencia de la Reina Castiza**, en tres jornadas en verso cómico, mejorado de los sainetes de don Ramón de la Cruz en el siglo XVIII y no digamos del usado fácilmente

## LA PLUMA

cediendo al cabo, no a los requerimientos del tranviario, sino a la suave insinuación con que procuré llevarle a la acera.

Aparte Rubén Darío, le he oído encomiar las grandes cualidades dramáticas de Pérez Galdós:

—Aquella *Alma y vida...* ¡Ya estaba bien, caramba, ya estaba bien!

De *El abuelo* prefería la versión primera a la reducción escénica. *Sor Simona* también es muy de su gusto.

—¡Pero esos cómicos son tan bárbaros, tan bárbaros!

Uno de los capítulos más interesantes de la biografía de Valle-Inclán es su afición al teatro y sus andanzas por los escenarios. Paladín de la protesta contra Echegaray con ocasión del homenaje nacional en celebración del Premio Nobel, siempre que viene a pelo tiene en la memoria algún trozo ridículo de *La peste de Otranto*, de *La esposa del vengador* o de *El gran galoto* con que corroborar su mala opinión de don José, como entonces se le llamaba en los saloncillos.

—Benavente ha podido hacer algo... pero no quiere... Benavente, que pudo ser algo a la manera de un *Chéspir* (don Ramón españoliza bravamente los grandes nombres) satírico, y hacer comedias en que hubiera tras una escena de señoritos en la cuadra otra de criados en el salón, se ha entregado a la Pino, a Lara, al abono de la Guerrero...

Conocidos y celebrados son sus desplantes con cómicos y empresarios. Admirador de María Guerrero, cuyas facultades considera malogradas por el pésimo gusto en que se ha educado y vivido, llegó a estrenar en el teatro de la Princesa dos de sus obras. Como a los pocos días de representarse por primera vez *La marquesa Rosalinda*, fingieran en su presencia cierto desacuerdo la Guerrero y Díaz de Mendoza, respecto a la acogida que pudiera tener la obra el sábado de abono blanco, y a la conveniencia de suprimir o no determinados pasajes, don Ramón, conociendo la añagaza, se adelantó a decir:

—Estaba yo pensando, sin saber a qué atribuirlo, lo bien que se está en Madrid los sábados por la noche. Es observación que vengo haciendo al salir de la tertulia de Levante con los amigos y andar tan a gusto a esas horas por la calle. Ahora he caído en la cuenta: todos los imbéciles están abonados a la Princesa. Pero el sábado que viene voy a interrumpir mi costumbre de no salir a escena, para decirle al abono cuántas son dos y dos, ea; ya estoy cansado de oír insensateces.

El concepto de una «lengua franca», de «un castellano sin aduanas», expuesto por Valle-Inclán en más de una tertulia, tiene verificativo, que diría un personaje de su novela de tierra caliente, no ya en la transcripción de un habla común al pueblo hispanoamericano, sino en la expresión pan-ibérico-indiana, que constituye la aventurada novedad del estilo del relato en «Tirano Banderas». (Facsímil del artículo que publicó en «La Pluma» Rivas Cherif, en el número-homenaje de enero del 23, dedicado a Valle-Inclán).

por Ricardo de la Vega y José López Silva en algunos modelos de esa comicidad poética a fines del siglo XIX, se publicó, por especial deferencia de Valle-Inclán hacia mí, como ya he dicho, en «La Pluma». Irene López Heredia, con quien fui a Buenos Aires y Montevideo en 1929 como director literario de su compañía, no se atrevió a representarla por miedo a las represalias de la dictadura de Primo de Rivera, a nuestro regreso a España. Yo la leí en una sesión especial en el teatro Maipo de la capital argentina, donde actuábamos, al que asistió divertidísimo el embajador de

México Alfonso Reyes, mi amigo de años atrás en Madrid, y en otro palco Ramiro de Maeztu, embajador del dictador español, que pocos días antes nos había invitado a comer en la embajada y que no se creyó en el caso, como su ministro consejero, de levantarse ostentadamente de su luneta y marcharse, por no autorizar con su presencia, sin duda, la descarada burla que en la farsa se hace de las veleidades que se le atribuyen a Isabel II, aunque con otro nombre, la abuela de Alfonso XIII, todavía reinante.

Curiosa por demás la referencia que don Ramón me dio del



Llegó, en efecto, el temido sábado, y contra lo que sospechaba el director del teatro, se aplaudió la escena cuya suerte juzgaba comprometida.

—¿Y ahora?—parece que exclamó triunfante doña María Guerrero al volver, concluida su parte, al saloncillo, encarándose con su marido, que seguía representando el papel de ingenuo, y con el propio Valle, que sonreía cínico, mesándose la barba—. ¿Y ahora, qué me dicen ustedes del abono? ¡Han aplaudido la escena que siempre había pasado en silencio, incluso el día del estreno con los intelectuales amigos de don Ramón!

—Como que han reforzado ustedes la *claque*—respondió don Ramón inmutable.

Valle-Inclán, curioso de toda experiencia, quiere ver surgir al renovador fundamental de los cánones subvertidos por la generación del 98, triunfante con él, con Baroja, con Azorín, con Unamuno. Toda tentativa juvenil le interesa y esperanza.

—Habría que hacer algo... Es preciso cambiar los conceptos, habría que hacer algo en un modo popular y con un sentido eterno de la actualidad.

La forma teatral de sus últimas obras, culminante en el género de *esperpentos*—como le place titular a *La reina castiza*, *Luces de bohemia*, *Los cuernos de don Friolera*, inéditas en volumen las dos últimas, y que el curioso ha de buscar aún en las colecciones del semanario *España* y de *LA PLUMA*—responde a la necesidad de renovación que le acucia a producirse sin contaminación con los medios de demanda y oferta que acostumbran editores, empresarios y proveedores de baja estofa literaria.

—El teatro es lo que está peor en España. Ya se podían hacer cosas, ya. Pero hay que empezar por fusilar a los Quintero. Hay que hacer un teatro de muñecos. Yo escribo ahora siempre pensando en la posibilidad de una representación en que la emoción se dé por la visión plástica. El tono no lo da nunca la palabra, lo da el color.

Don Ramón no entiende la música:

—Sin embargo, una vez, hace ya de esto algunos años, una noche en Levante, donde tocaban siempre música clásica, empezó la orquesta una cosa que yo que no tengo oído para la música dije: ¿Pero esto qué es? ¡Esto es muy malo! Preguntamos después y nos dijeron que era la *Fantasia morisca*. Chapí se había muerto aquel día. Yo no entiendo nada, pero había allí un modo tan vulgar y tan ramplón de acordar los sonidos...

LA PLUMA

Vano empeño sería pretender reflejar en unas cuantas cuartillas al vuelo la agudeza de don Ramón, las sugerencias que continuamente despierta en la conversación corriente, la naturalidad de su *pose*.

Del retrato de Anselmo Miguel Nieto, varias veces reproducido en periódicos y revistas gráficas, inspirado en la devoción de Valle al Tiziano, a los Echevarriás de ahora, pintura fiel de la teatralidad cotidiana de don Ramón transcurren precisamente los años de madurez y lozanía en que se halla. Dolíase no ha mucho Luis Araquistáin de la pérdida que significa para la literatura española contemporánea la falta de un constante anotador de los hechos y dichos de don Ramón del Valle-Inclán. Es verdad. Prometo, en lo que pueda caberme de esa responsabilidad, la enmienda. Valgan estas cuartillas por la intención de señalar no más la vena inagotable de una historia fidedigna de la vida literaria de nuestro tiempo.

En ella cabrá cuanto el espacio y la memoria nos niegan ahora. Ni apuntar siquiera hemos podido algunos aspectos interesantísimos de la persona de don Ramón: el *dilettante* de ocultismo, el fumador de cáñamo índico, el político, su *ars amandi*, en fin, merecen la atención prolija que me propongo consagrarle en las temporadas que aún nos es dado a sus amigos madrileños disfrutar de su compañía, cuando para preparar la impresión de un libro nuevo, viene del casal gallego, donde, con su mujer y sus cuatro hijos, vive ahora lo más del año en las tierras de un antiguo señorío de su familia.

C. R. C.

motivo de su inspiración. A cuanto creía saber, un amante circunstancial de tantos como se atribuyen a la veleidad de Isabel II de España, se dejó unas cartas en la mesilla de noche de la alcoba en que, tísico pasado, fue a morir en el balneario de Panticosa; cartas que sirvieron a otro huésped aprovechado para ofrecérselas al Ministro de la Gobernación Arriola, a cambio del nombramiento a su favor de Presidente de la Audiencia de Santiago de Cuba. Oírle contar a Valle-Inclán, que sólo de referencias lo sabía, la entrevista del Ministro con la soberana, era estarlos viendo:

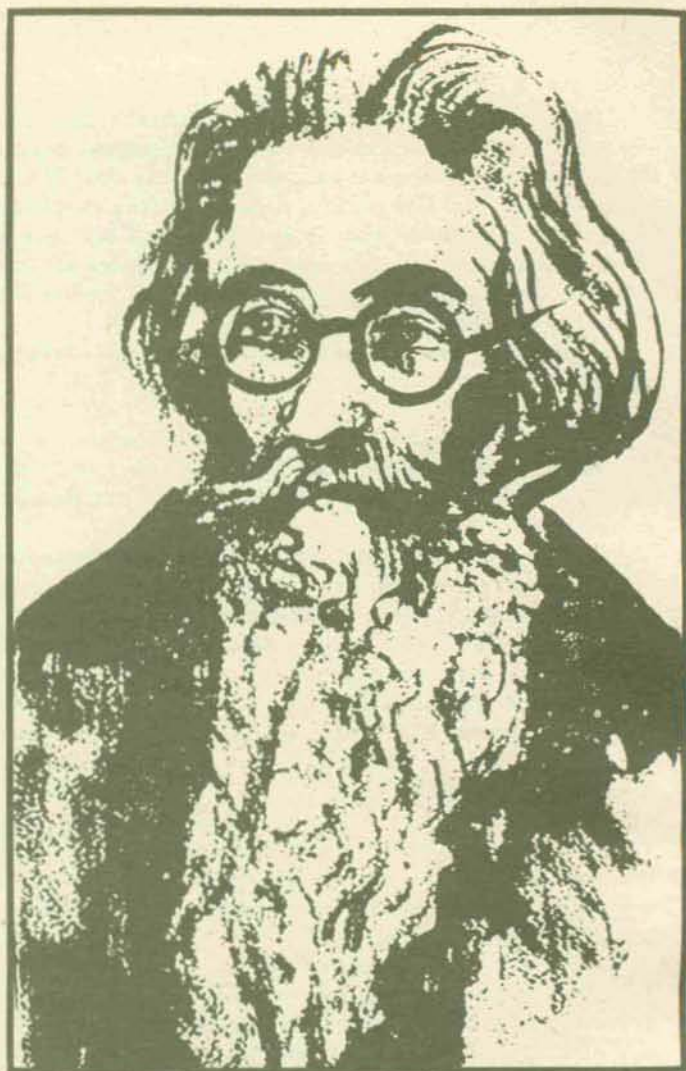
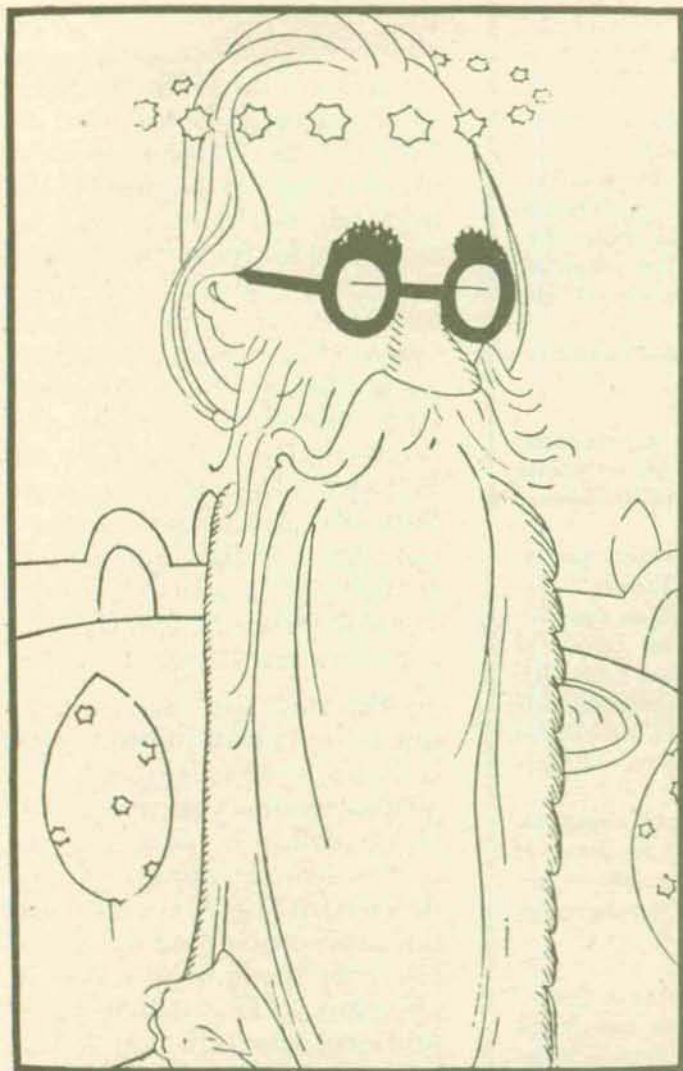
«—Señora, hay un tunante que tiene la rara habilidad de imitar a la perfección las caligrafías ajenas, y presume desvergonzado de poseer unas cartas íntimas, aunque falsas, de Vuestra Majestad. Lo grave del caso es que pide por ellas, sin tener título ni estudios de abogado, la Presidencia de la Audiencia de Santiago de Cuba.

—Mañana me presentas el decreto».

Decía Valle-Inclán tener esta noticia de don Benito Pérez Galdós, quien a su vez la tenía del propio Ministro de la Gobernación que intervino en el caso. Dispuesto estaba el autor de los **Episodios Nacionales** a utilizar la pintoresca anécdota en cuestión, cuando quiso ir a París a conocer a Isabel II, «La de los tristes destinos», que desde su destronamiento muchos años atrás residía en la capital de Francia. Y tan simpática le fue la reina que desistió compasivo de cuanto pudiera menoscabar su retrato histórico y suprimir la escandalosa referencia.

Valle-Inclán no sólo no tenía los mismos motivos sentimentales que Galdós en favor de Isa-





La máscara tras de la cual se defendía (Don Ramón), de las asechanzas de la mediocridad encubrió de por vida al más quijotesco de los desfaceadores de entuertos y restauradores de una justicia estética —unidas belleza y bondad inasequibles— a imagen y semejanza, no ya de Cervantes, del propio Don Alonso Quijano el Bueno. (A la izquierda, caricatura de Valle-Inclán por Bagaría, publicada en «El Sol», de Madrid, en 1935. A la derecha, Valle, dibujo de Conde Corbal).

bel II, sino que su notoria proclividad hacia Don Carlos y su rama en los comienzos de la vida literaria y su indeclinable prurito absolutista en las justas políticas del tiempo en que vivió, siempre le mantuvo frente a los últimos reyes de la dinastía borbónica en España. **La Reina Castiza** se dio al cabo en el teatro Muñoz Seca, de Madrid, ya proclamada la República, por Irene López Heredia, la dirección de cuya compañía había dejado yo por la de Margarita Xirgu. Hizo el precioso decorado Salvador Bartolozzi. Muchos años antes, la habíamos ensayado en el Ateneo, con el propio Valle-Inclán, con Magda Donato en el papel de la Reina. No se llegó a hacer. A mi regreso de

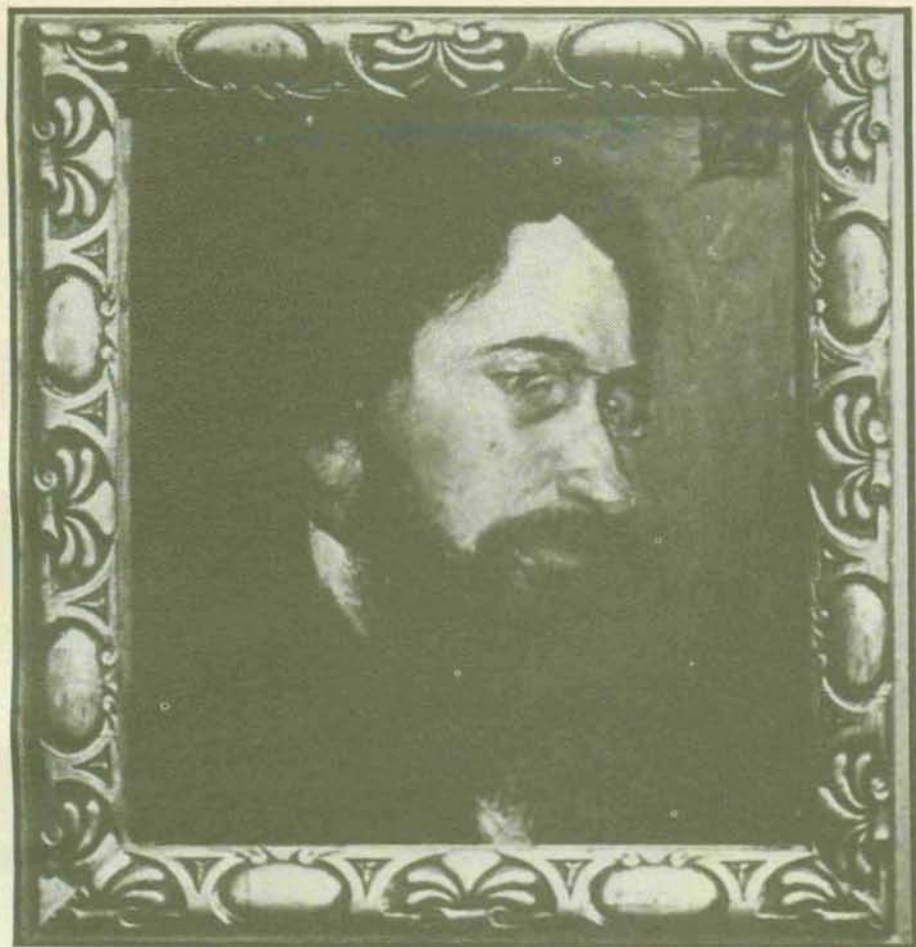
Buenos Aires la leí también en el Ateneo de Madrid.

También representamos en el teatrillo de los Barojas, que llamábamos del Mirlo Blanco, el prólogo a **Los cuernos de don Friolera**, que también suelo decir en mis «Solos de Bululú» como representativo de la estética de Valle-Inclán. Para mi gusto, sin embargo, mejor que todos es el de **Luces de Bohemia**, que podía ser magnífica prueba para Buñuel de película sin par en la tragicomedia de los poetas modernistas de mi siglo.

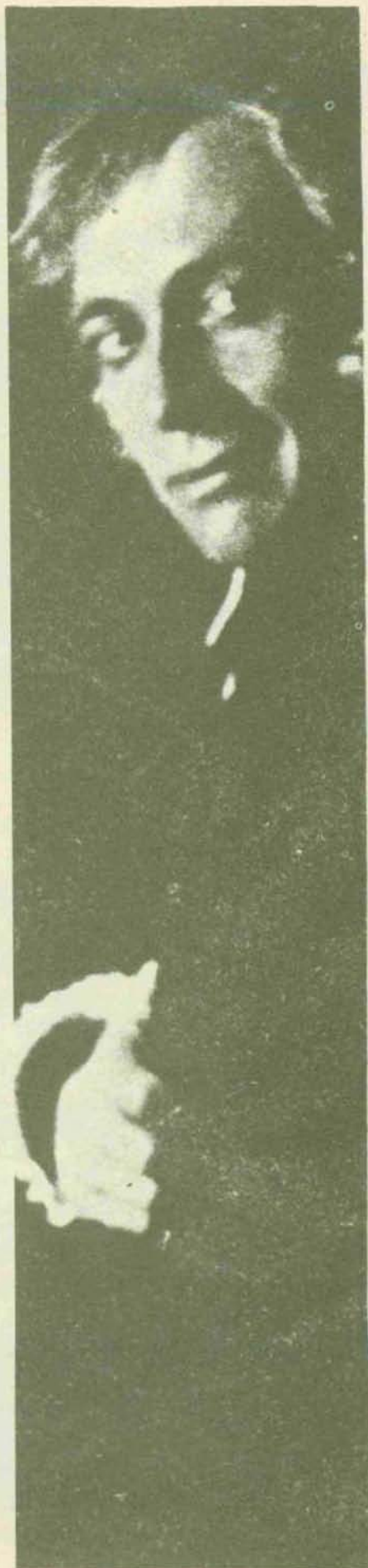
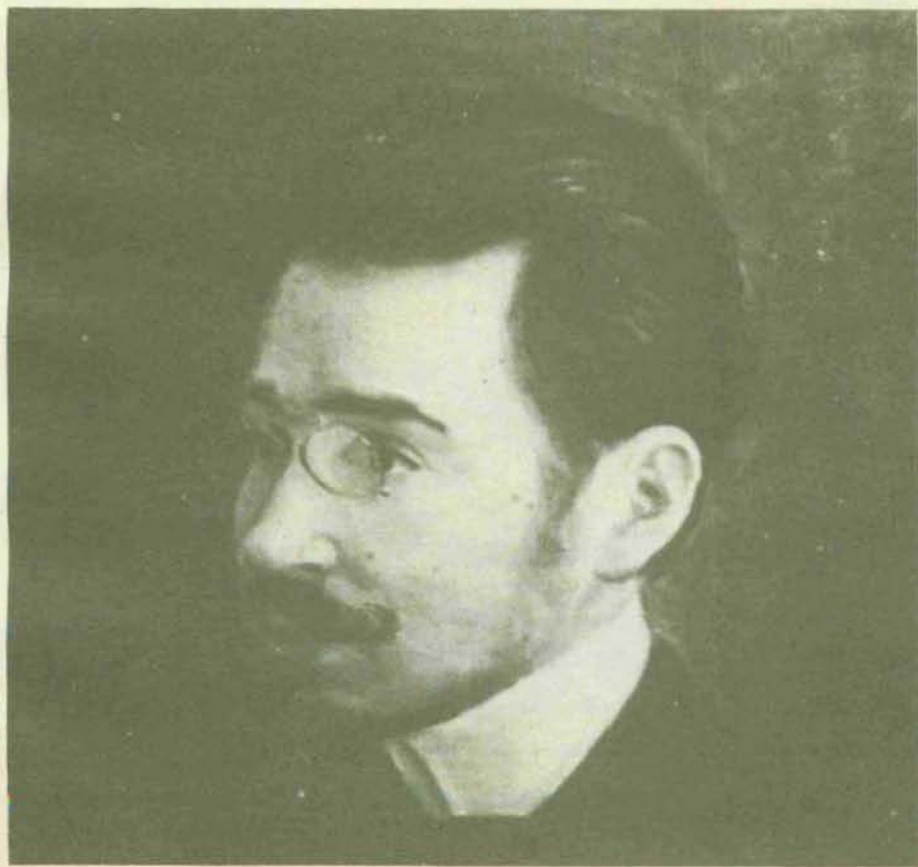
Con los esperpentos, superiores a los alardes de que hacen gala los franceses con Apollinaire y Jarry, los irlandeses con el mejor Synge, **El far-**

**sante del mundo occidental**, y los futuristas italianos, se adelantaba Valle-Inclán, con mucha más gracia, a los descubrimientos cómicos de Ionesco, de Adamov, de Nevers, del Brecht de **La ópera de cuatro chavos**, y preside eminentemente al par que García Lorca en su teatro menos conocido (**Así que pasen cinco años**), Alberti (**El hombre deshabitado**, **El adefesio**) y su precursor Gómez de la Serna (el Ramón de **Beatriz**, **Un cuento de Calleja**, **Los medios seres**), el teatro extravagante de un día que ha venido a ser norma de los carteles diarios del gran teatro del mundo confuso, con que termina en los de hoy la era del pez de los primeros cristianos. ■ C. de R. CH.





Se equivoca quien suponga más real y verdadera la persona obligada a compartir nuestras miserias diarias en la calle, en el café, en su propia casa o en la nuestra —aunque siempre afectando una condescendencia de resignada grandeza— que el personaje que con figura y nombre inconfundibles de Don Ramón del Valle-Inclán, vivió heroicamente, sin rendirse a la mediocridad del destino, que le había cabido en suerte, con nacer en un tiempo inadecuado. (Retratos de Valle-Inclán, en su juventud).



«¡Adios te digo con tu gesto triste... Adios te digo la mano en la mano!». (Retrato de Cipriano de Rivas Cherif).